

O CURRE que un día se mueven en lo alto las crucecitas incansables de las piquetas, y comienza el derribo. El Ayuntamiento, deseoso de que la ciudad se «europeice», ha resuelto que la nación vaya, de paso, desnacionalizándose.

La calle vieja, angosta, con sus rinconcitos pintorescos y sus ingenuidades arcaicas, ha sido condenada a desaparecer. En su lugar veremos una vía más amplia, más jovial, más frívola, con fanfarrones edificios de repostería arquitectónica, con ascensores ligerísimos, con porteros solemnes, con balcones formidablemente pesados é insolentes. La ciudad no puede mostrarse insensible al progreso, y debe ir, por mandato municipal, de bracero con él. En los salones del Concejo parece que, por móviles no precisamente poéticos ni filosóficos, canta la divisa del gran poeta de la Italia: «O renovarse, ó morir.»

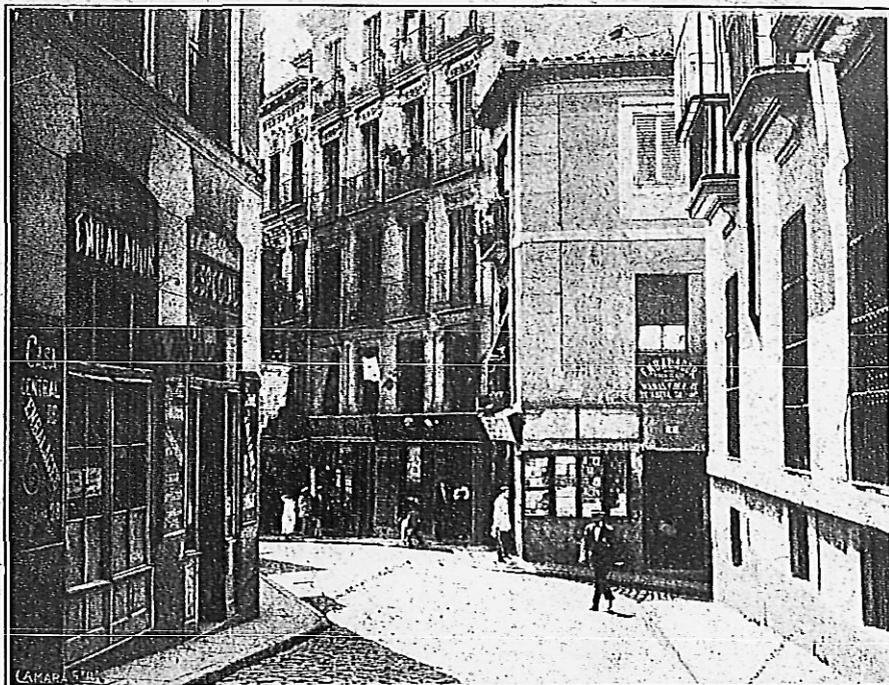
Un año tras otro, cuando los ediles estimulan su celo al barruntar el negocio, se expropian las casas para derribarlas sin piedad, y surgen vías nuevas y se alborota la Prensa local, y sonríen satisfechos los hombres inteligentes, á quienes tanto irritaban el callejón fétido y el grupo de viviendas antihigiénicas.

Lo sensible es que muchas veces no cae á tierra lo que deba caer, y que el concejal renovador atribuye á molestias de la pituitaria ó de la retina, lo que suele ser penuria de aptitudes estéticas. Pero déjese este aspecto de la cuestión para otro momento. Característico ó no, unguido de aromas de historia ó de leyenda, gracioso por su aire local, ó atraente por la misteriosa simpatía que mana de las cosas, ello es que el rincón viejo desaparece, y que la piqueta del albañil actúa con el brío—siempre, y aparte de todo, admirable—del renovador.

ooo

Pero los que han conocido la ya borrada plazoleta ó la calle riente de antaño, se encuentran con que honitamente les arrebatan un pedazo de su vida sentimental.

Acaso uno de los más palpitantes. Acaso uno de los más dilectos. Porque á las piedras de las nuevas edificaciones va adherido, como invisible



Un aspecto de la vieja calle de la Abujía

verdín, como pátina de oro, el amor nuestro de hombre que gozó entre ellas de ratos inolvidables y horas efímeras, pero profundas, de felicidad.

Alegres recorrimos aquella calle vetusta, su plantada por esta vanidosa é intrusa de hoy. La recorrimos mil veces. Nos acompañaba alguien querido. La novia—que dejó después de serlo—. La madre—que nos robó la muerte—. El amigo—que se llevó la ingratitud—. Conocíamos prolijamente los mil encantos—no por pequeños ni eno generosos—de la rúa vieja. Las flores, las rejas, el portallón señorial, la curva suave de sus aleros,

el hábito peculiar de sus tiendas, dábanle un espíritu inconfundible que fué infiltrándose en el nuestro hasta colmarle inefablemente.

Allí la zambra, allí la congoja, allí la iniciación, acaso, y el sucedido torvo y la memoria tenebrosa de cualquier malaventura... Pero con sus disgustos y sus alegrías, esta calle fué uno de los cauces por donde se desbordaba nuestra mocedad, y era algo íntimo, inseparable de nosotros, incorporado á nuestra vida fuertemente y que había de dejar—grillete ó anillo, corona ó sambenito—una huella imborrable en nuestros cotidianos desasosiegos.

ooo

Ahora, entre nubes de polvo, ha desaparecido todo esto. En el plano de la ciudad vemos una vía nueva. ¿Quién descubrirá allí como lo descubrimos nosotros, una cruz? Cuando fenezca nuestra generación ó llegue á su plenitud la que nos sigue, nadie otorgará importancia á nuestras lamentaciones. «¡Qué viejo es usted!» Y tendrá razón. Pero no lo seremos por culpa de la calle antigua. Lo pareceremos por mandato de la calle reciente.

Esta sí que no tiene nada que ver con nosotros. Ni secretillos, ni donaires, ni reproches. No nos conoce. Tampoco, casi, nos brinda nada, porque su flamante infancia nada puede esperar, sentimentalmente, de nuestra ya ineludible madurez. La calle nueva y nosotros somos irreconciliables...

Iremos allí á hacer alguna visita de cumplido, tal ó cual compra. Pasaremos por ella con otro señor maduro, hablando, gravemente, de negocios... Trepitarán los automóviles; tintinearán los tranvías. En los escaparates todo será modernísimo, y en las esquinas no sobrevendrá nada que pueda convertirse para nosotros en acontecimiento romántico.

La calle vieja, henchida de recuerdos, yacerá debajo de nuestros pasos. Dorada, fresca, nublada siempre—porque las dulces memorias no se marchitan nunca. Pero en la calle nueva no verá ya casi nadie á la vieja; y seremos como una sombra que camina, ignorada, sobre un camposanto absurdo invadido de arcos voltaicos y de novedades mundiales...



Vista del primer trozo de la Gran Vía

FOTS. SALAZAR

E. RAMIREZ ANGEL